

BERMEJO RUBIO, Fernando: *La invención de Jesús de Nazaret. Historia, ficción, historiografía*. Madrid: Siglo XXI, 2018, 796 pp. [ISBN: 978-84-323-1920-4].

«Las contradicciones e incongruencias de los evangelios, sus anacronismos, así como sus obvios elementos legendarios, ofrecen una imagen confusa y sublimada de su protagonista que, al imposibilitar reconocer en él a un sujeto inteligible, inducen a ponerla en tela de juicio y legitiman el impulso hacia una reconstrucción histórica de la figura». Estas cuatro líneas, tomadas de la página 532 del libro, resumen el propósito del trabajo y el *leit motiv* que llevaron a Fernando Bermejo a emprender la tarea de analizar la figura histórica de Jesús, pero también a estudiar lo que él considera un proceso de reconstrucción o invención del personaje. Como punto de partida, se debe anotar que el libro, además de amplio, es complejo y en sus casi 800 páginas encierra, en la práctica, tres estudios distintos, los de las tres palabras que componen el subtítulo, que podrían haberse presentado como obras independientes. El esfuerzo de buscar una unidad de las tres facetas analizadas ayuda a que la «invención» introducida en el título no parezca el anuncio de un libro de polémica. Nos encontramos, por tanto, ante un trabajo meditado en su estructura y cuidado en su construcción, escrupulosamente atento a las fuentes, no solo a las «canónicas», y a las lecturas que se han hecho de las mismas. Es, por otro lado, un libro excepcional en el panorama historiográfico en lengua castellana donde las aproximaciones históricas al primer cristianismo,

con ser abundantes, pocas veces se ocupan de un aspecto tan nodal como la figura del Jesús histórico.

La tarea de enfrentarse al estudio de la figura de Jesús es para el historiador un reto muchas veces desalentador. Las fuentes esenciales para su conocimiento coinciden prácticamente con el *corpus* de textos sagrados fundamento de las creencias religiosas que en los dos últimos milenios han constituido el armazón ideológico de la cultura occidental. Durante mucho tiempo, «cualquier intento de examinarlas sin someterse a constricciones dogmáticas solo podía ser sentido como un insolente desafío al orden constituido» (p. 533). El autor del libro considera que este es un factor que aún pesa sobre quien emprende su estudio. A lo que se suma que una parte importante de la historiografía disponible tiende en muchas ocasiones a superponer, cuando no a confundir, la perspectiva del análisis histórico con la lectura teológica, e incluso, llegado el caso, con una aproximación apologetica.

El libro se divide en cuatro partes, donde las dos primeras, aproximadamente la mitad del texto, al margen los índices y la bibliografía, constituirían lo que en el subtítulo se corresponde con la «historia». En un primer apartado, que podría entenderse como introductorio, se analizan las fuentes, las posibilidades que estas ofrecen de construir un discurso histórico en torno a Jesús, y los problemas de método que el material disponible presenta. El repaso de los textos referenciales, casi ninguno «independiente», quizás con la salvedad de Flavio Josefo, presenta pocas novedades. La definición del objeto de estudio ya aborda lo que será el desarrollo esencial de todo el trabajo posterior. Se

analiza el peso del «mitismo» que habría negado la existencia de Jesús para convertirlo en el producto de una religión a partir de elementos creíbles de la historia judía y greco-romana, al que contraponen un núcleo de testimonios históricos, a veces demasiado comprometidos, lo que habría llevado –siempre en la idea de convertir a la figura en un icono religioso– a reinventarlo como un producto más atemporal y menos espinoso de lo que las fuentes evidencian. Una pura invención habría producido un material mucho más homogéneo. El autor declara la intención de desentrañar el núcleo histórico original que habría sido «remodelado en virtud de intereses apologéticos y polémicos» (p. 93). Para ello se posiciona frente a las metodologías tradicionalmente aplicadas al estudio del material neotestamentario. Cuestiona la aproximación criteriología tradicional, rechaza la «historia de las formas» por pensar que sacó de su contexto los posibles fragmentos del mensaje original de Jesús, expone lo que entiende problemas de la atestiguación múltiple, donde cree que mayor afinidad es indicativo de menor credibilidad y concluye que todos estos criterios están contaminados por las preconcepciones acerca de quién fue (o debió de ser) Jesús. Frente a esto, considera que es en la tensión de los textos contradictorios donde subyace una lógica precisa. Es en la incongruencia donde debe buscarse la fiabilidad de los textos hasta el punto de resolver que Jesús no es un mito creado. Lo que nos ha quedado son «los restos de un naufragio» (p. 112), a partir de los cuales propone construir una hipótesis plausible, contextualizada y verosímil, explicativa incluso de la tradición que ha generado.

La segunda parte del bloque histórico (pp. 115-335) está dedicada, partiendo de estos presupuestos, a una reconstrucción crítica de la figura de Jesús. Partiendo de un criterio académico impecable, el postulado esencial es que un cuerpo de fuentes «exiguas y tendenciosas» (p. 115), como el que se enfrenta, exige una precisa contextualización histórica, que incluya acontecimientos pero, igualmente, procesos económicos y una perfecta comprensión de la compleja matriz religiosa y cultural judaica donde la figura se gesta. De igual manera se exige una aproximación cuidadosa al medio greco-romano con el cual esta cultura hebrea vive un difícil proceso de acomodación. Elegir la escena del Gólgota como punto nodal, momento de partida de la reconstrucción crítica, resulta atractivo, aunque hasta cierto punto paradójico. Este acontecimiento ocupa un lugar central en cualquier relato apologético, la crucifixión, como momento cumbre de la muerte sustituta, redentora, que la teología cristiana ha hecho del sacrificio de Cristo; por ello, que sea el punto de partida de la reconstrucción del acontecer humano, genuinamente histórico, que se pretende, resulta arriesgado. Aunque el propósito perseguido se desvela pronto, cuando la argumentación se centra en la extravagante inverosimilitud de los relatos de la crucifixión. Relatos contruídos para enmascarar la naturaleza del delito que se condena; la pena de muerte castigaba el entusiasmo escatológico de un visionario apocalíptico: «Jesús parece haber albergado una pretensión regia en el tradicional sentido davídico, que entrañaba la restauración política de la soberanía de Israel» (p. 193). Frente a esta caracterización,

Fernando Bermejo piensa que la manipulación editorial hizo todo lo posible por alterar «la atmósfera políticamente revolucionaria de las actividades de Jesús hasta hacerla casi irreconocible» (p. 221). Las actividades de Jesús y sus seguidores, comparables con las de otros grupos contemporáneos y estrechamente vinculadas a las de Juan el Bautista, comportaban un proyecto nacionalista, étnicamente exclusivista, envuelto en la retórica de un pretendiente mesiánico. Un anti-romanismo que ha sido prácticamente borrado en la transmisión literaria.

Esta eliminación de factores que hacían demasiado evidente que Jesús era un enemigo de Roma, y la causa de su ejecución, afectaría no solo al relato de la crucifixión, sino a la de los episodios inmediatamente anteriores que habrían culminado en su condena. La transversalidad del movimiento de Jesús parece típica del mesianismo y los movimientos apocalípticos. Es ahí donde se entiende su relación aparentemente equívoca con el Templo pero hace implausible el cúmulo de relatos que transfieren la responsabilidad de las acusaciones a las autoridades judías, que en un sesgo interpretativo hacen creer al lector que habrían visto en Jesús y sus seguidores una amenaza para el judaísmo tradicional. Episodios encadenados en los cuales resulta inevitable ver una reconstrucción apologética. Los evangelistas, que escriben desde una distancia donde las revueltas judías han provocado un desencuentro sin retorno con el Imperio, se afanan en desconectar a su protagonista de toda dimensión política, centrando todo el peso en «la historia conmovedora y ejemplarizante del justo perseguido»

(p. 303). El juicio judío es simplemente inverosímil, como lo es la comparecencia ante Pilatos; la acusación de insurgencia no necesitaba tan siquiera un proceso formal, todo lo más un interrogatorio, donde el sufrimiento de la pasión probablemente recuerda la tortura asociada al mismo. Las pretensiones regiomesiánicas de Jesús eran un *crimen maiestatis*, un atentado a la majestad del emperador, y el castigo en la cruz habría alcanzado a su dirigente y a los seguidores capturados con él. En esta perspectiva, Jesús es un judío perfectamente clasificable en el judaísmo contemporáneo, el de los movimientos milenaristas y mesiánicos, en el del profetismo popular del Bautista, en el de la Cuarta Filosofía que recuerda Flavio Josefo, donde religión y política aparecen estrechamente imbricadas. La indudable originalidad de Jesús, reiteradamente reivindicada, lo es cada vez menos según avanza el conocimiento del judaísmo del segundo templo.

El siguiente gran bloque del libro (pp. 339-513), se ocuparía de lo que el autor denomina «ficción». El proceso literario e intelectual, teológico y apologético, por el cual «un nacionalista anti-romano y visionario apocalíptico fracasado» (p. 339), un judío insurgente crucificado por Roma, probablemente junto a una parte de sus seguidores, fue convertido en un ser divino. En las fuentes cristianas la muerte de Jesús parece constituir un acontecimiento inesperado, la esperanza de que fuese a liberar a Israel se ve bruscamente decepcionada. Sin embargo, el compromiso y la solidaridad de los miembros supervivientes fueron tan altos que estos se negaron a reconocer el fiasco que el violento

desenlace suponía. La superación de la crisis y el desaliento se habría producido mediante una revisión de sus creencias. El autor recurre a la teoría de la disonancia cognitiva para explicar los mecanismos que habrían permitido al grupo remanente articular una reformulación espiritual de las intenciones de Jesús, mediante el recurso a un olvido selectivo, y amparados en un corpus amplio de tradiciones religiosas con una fuerte base mesiánica y profética. «La supervivencia física y espiritual del grupo exigió que la muerte de Jesús no fuese contemplada como un fracaso» (p. 352). La creencia de que resucitó y se apareció debió surgir muy poco después de la crucifixión. Las apariciones serían, en este caso, el reflejo de una intensa experiencia religiosa, no deben entenderse como invenciones sino como reflejo de una reacción adaptativa a una situación de angustia, donde la minoría privilegiada por la experiencia se sentiría legitimada.

Enseguida, la reinterpretación hizo de la crucifixión una opción voluntaria, una muerte vicaria con efecto salvífico que encontraba, al igual que la resurrección, acomodo en las tradiciones del pueblo hebreo, pensemos en Abraham/Isaac, y que entroncaba en el morir por algo, o por alguien, que también contemplaba admirativamente la cultura greco-romana. Las tradiciones judías, mucho más complejas que las simplificaciones con que suelen tratarse en relación a la figura de Jesús, también permitían su deificación. El judaísmo contaba con seres intermediarios, caso de los ángeles, de los profetas, que en función de su virtud eran susceptibles de ser entronizados hasta el cielo, y en la Biblia había

una esperanza mesiánica en torno al «Hijo de Dios» que empieza ahora a cobrar un valor específico en relación a Jesús. Uno «como un hijo de hombre» que encontraba acomodo en el Libro de Daniel, o en 1Henoc, y que permitía una figura con carácter divino y con forma humana sin romper el hipotético monopolio monoteísta que asociamos con el dios hebreo. Ideas que tampoco ofenderían a la sensibilidad helenística y que encontrarían puntos de encuentro entre los seguidores procedentes de la diáspora.

Ahora bien, el tránsito de Jesús al Cristo exigió depurar cualquier aspereza que hiciese recordar a un insurgente nacionalista enemigo de Roma, especialmente cuando los textos evangélicos fueron tomando forma tras la fallida revuelta judía del 66-74. Fue necesario des-historiar, reinterpretar la muerte violenta eliminando de su biografía el material comprometedor y haciendo de Jesús un personaje extraordinario. Una reformulación espiritualizada de las fallidas expectativas políticas, imponiendo para ello el carácter genuinamente religioso de su figura. Aunque Jesús había dado muestras indudables de su amor al prójimo y se había pronunciado a favor de la paz, había que eliminar cualquier componente violento, reinterpretar cualquier acto agresivo, tanto en su propia trayectoria como en la de sus seguidores. En la medida de lo posible, lo que resultaba realmente difícil, había incluso que des-judaizar al personaje, fabricar un Jesús no apocalíptico y construir un paradigma moral, un modelo de virtud. Los prejuicios sociales y religiosos, el carácter colérico del personaje, su sectarismo fueron borrados en aras de un promotor de una

ética universal. Según el criterio de Fernando Bermejo, la singularización de Jesús hasta transformarse en un ser único contó con estrategias varias que culminaron en su divinización. Proceso que en los textos evangélicos se presenta en una doble formulación. Por un lado una filiación adoptiva, quizás el «Hijo de Dios» del Evangelio de Marcos, un hombre elevado a un estatus divino, colocado a la diestra del Padre a la espera de un regreso como Rey. La *adoptio* de un *optimus* que en la tradición romana suponía dotar al adoptado de todos los bienes del adoptante, un heredero universal, un elegido. Por otra parte una divinidad preexistente que habría condescendido a hacerse humano por medio de un nacimiento virginal, alejado de todo acto impuro. Dos concepciones no siempre fáciles de conciliar y cuyas implicaciones en los primeros siglos del cristianismo el autor renuncia a glosar pero que fueron enormes y terminaron decantándose teológicamente en beneficio de la segunda opción.

El autor anota en su obra que el proceso de divinización de Jesús, lejos de ser contraintuitivo, como algunos pretenden, es francamente inteligible (pp. 339-341 y 483-487). Parece, por lo tanto, adecuado que al historiador interese por igual reconstruir el Jesús histórico, el hipotético renovador judío, el insurgente nacionalista que ubicábamos en una atmósfera políticamente revolucionaria, propicia para las propuestas mesiánicas y milenaristas, como desentrañar al Jesús inventado por un grupo partidario, mudado en arquetipo moral y divinizado hasta convertirlo en una propuesta salvadora, en el centro de una nueva religión. Incluso, aunque puede ser tarea

preferente del sociólogo o del antropólogo, constatar que «la inflación del personaje se ha consolidado en contextos aparentemente ajenos a la piedad religiosa» (p. 489). Es verdad que en este caso el proceso de invención de Jesús como icono cultural, como una figura fascinante más allá de la creencia, puede resultar una historia interminable, pero no deja de ser apasionante. Su manipulación como canon estético no es un elemento novedoso, su incorporación a la industria del consumo, sea en la narrativa, el teatro, el cine o la televisión tampoco, forma parte de una traslación desde el ámbito de la mera creencia a la industria de consumo. Su secularización, su banalización, resulta pues inevitable y debe ser entendida como tal, con un personaje desalojado de su tiempo y de su espacio, como el arquetipo de una moralidad universal sin contexto. Reprochar «la falta de acumen filológico, rigor argumentativo y plausibilidad histórica» (p. 512) de esta aproximación es ignorar que, fuera de los textos, el personaje Jesús ha adquirido una vida propia cuya trayectoria el historiador debe igualmente asumir y entender.

Anoto esto porque el volumen consta aún de una cuarta parte, el tercer factor del subtítulo, un repaso de la investigación sobre Jesús, donde el autor, ocasionalmente, parece olvidar que la historia de la investigación forma parte de la investigación misma. Por momentos da la sensación de que Fernando Bermejo ha dejado esta parte para el final, bien podría haberse integrado en la primera parte como estado de la cuestión, para «denunciar», más que para «hacer constar», los detractores que ha seguido el empeño

por explicar la figura de Jesús. Al historiador de las primeras 500 páginas parece sumarse en las 160 siguientes un polemista agraviado: «La invención de Jesús no fue ni es inocente; ha dejado, desde muy pronto, un interminable reguero de víctimas colaterales» (p. 643).

El historiador sabe que esto es así desde el momento que intenta desentrañar al Jesús histórico de entre las fuentes que fueron reconstruidas en beneficio del Jesús inventado. Es el paradójico problema al que aludíamos al comienzo de este comentario. El Jesús histórico interesa al estudioso del judaísmo del cambio de era, en ese contexto se ubica y se entiende. Fernando Bermejo hace un extraordinario ejercicio de heurística para desentrañar ese personaje, y lo hace igualmente para entender por qué el Jesús inventado y devenido Cristo tuvo credibilidad para una parte de sus contemporáneos, porque era una «inventio» llena de plausibilidad. Ahora bien, una vez que ha entendido y argumentado que es una creación apologética, una construcción al servicio de una religión, remodelada exegéticamente para construir un teología o para justificar otra, es fácil entender que su estudio se convierta en exégesis para quienes, en primer lugar y ante todo, ven en el texto un cuerpo doctrinario y no un documento histórico.

Fernando Bermejo demuestra conocer, y valora críticamente, cada tentativa de aproximación a la figura de Jesús, desde las que podemos ver apenas bosquejadas en autores de la Antigüedad a aquellas que desde el Renacimiento intuyeron ya que en los textos neotestamentarios no estaba todo, y que todo lo que estaba no

valía lo mismo. Por ello resulta chocante que se escandalice ante el olvido por parte de los discípulos de R. K. Bultmann de toda una legión de estudiosos preocupados por buscar un Jesús histórico. Conjeturar que «Las tres búsquedas» sea una ficción historiográfica, «que pueda estar sirviendo a una agenda teológica» (p. 524), no supone desvelar algo oculto. Es muy probable que cuando N. T. Wright acuñó la etiqueta *Third Quest* no tuviese en mente una preocupación histórica tanto como la necesidad de dar historicidad a la construcción teológica. En tal sentido, afirmar que el objetivo de esta corriente es favorecer una visión mítica de Jesús (p. 525), y considerar que el uso recurrente de falacias (des-judaización de Jesús, muerte a manos judías, apoliticismo, incomprensión del mensaje por parte de los discípulos...) impiden «una inserción cabal del predicador galileo en su contexto histórico» (p. 532), supone no asumir que el objetivo que se pretende por todos los estudiosos de Jesús no es el mismo. No entenderlo así justifica las duras críticas que el autor vierte contra J. P. Meier, del cual elogia por otra parte su pormenorizado análisis de los textos. La investigación sobre Jesús es «la crónica de un conflicto entre la historia y la teología» (p. 534); partiendo de esa afirmación del autor, quizás fuese necesario concluir que el personaje que interesa a una y otra disciplina no necesitan ser reconciliados porque, como magníficamente muestra el libro, son irreconciliables.

El libro aun incluye seis apéndices que, tras el exhaustivo argumentario precedente, apenas añaden algún matiz, aunque pueden servir como sendas propuestas de nuevas líneas de

investigación. La bibliografía es amplia pero bien seleccionada, sin caer en una innecesaria exhibición de erudición, y los tres índices (de textos, analítico y de autores modernos) resultan de enorme utilidad en una obra de este volumen y complejidad. Contribuyen estos

elementos, nunca superfluos, a magnificar la calidad editorial de un producto de por sí brillante.

Pablo C. Díaz
Universidad de Salamanca
pcdiaz@usal.es